

# EL NIÑO DEL FULGOR

(Ejercicio narrativo)

José BALZA

*Para Vilma Ramia*

1

La casa, pequeña y anodina, contrasta con los fértiles, inmensos terrenos que la rodean. Fue entregada hace mucho a Fabián por sus padres y él cree conocer cada parte de su posesión. Al frente, un cercado que poco protege a las viejas plantas de anón, de níspero, de caña. Dos perros fuertes y elásticos circulan libremente.

El cercado conduce a la puerta de la casa mediante un sendero de citroneras. Alrededor del pequeño edificio, limoneros y guayabos. Todo parece íntimo. Sin embargo por detrás comienzan los gallineros, el patio con gansos y cerdos. Un caimito gigantesco. La vasta hacienda de cacao y naranjales. Y sólo para quienes pueden llegar hasta allá, de repente en medio del terreno, surge una brillante laguna, cuya superficie vibra, picada por peces y pájaros.

A este lugar trajo Fabián hace nueve meses a su mujer, una chica tan joven y fuerte como él mismo. Y aquí son visitados por familiares de ambos, que en ocasiones se quedan, trasnochando, se emborrachan y hasta pelean entre ellos al amanecer.

Fabián y ella saben exactamente cómo trabajar y producir, también que el mundo es ese territorio y el primer hijo que tendrán. Un espesor anímico los protege, se ha elevado alrededor de ellos como un canto, desde que también fueran niños. Tal vez permanezcan para siempre bajo esa cualidad primaria y fresca que no los diferencia de las aves y del bosque.

Alguna vez van a la pequeña ciudad próxima y otra a las orillas del poderoso río. Quizá su hacienda sea una réplica completa de aquella y la laguna un retón salvaje de las vastas aguas lejanas. En el todo son todo.

Esta tarde de verano han querido recorrer los sembrados. Ya no tardará ella en parir y habrá que guardar reposo. Y allí caminan, avanzando bajo el cafetal, seguidos por los perros, alborotando a una bandada de loros. Comienza el verano de oro y las palmeras y las hojas refulgen como aceitadas. Es la proximidad del agua, que la laguna recoge secretamente.

2

De pronto él huele vigorosamente y la detiene con un gesto. De manera automática ella coloca sus manos sobre el vientre. La penumbra de la tarde los envuelve. Y ambos miran hacia el fondo de la arboleda: en un espacio de hierbas algo se quema.

Fabián adelanta y le grita que permanezca quieta. Pero la mujer corre tras él y ambos enfrentan al trozo de terreno que humea. En verdad ya no arde nada. Lo que se ha quemado resulta ser, visto de cerca, un círculo perfecto: la hierba desapareció y sólo queda la tierra misma, rojiza, en ascuas, como si ardiera desde adentro, desde el fondo.

Mucho después, si recordaran ese detalle, comprenderían que no había humo ni olor a fuego. Sólo en su instinto surgió la impresión de incendio. El anillo de tierra, húmedo y dorado, atraía en medio del atardecer. ¿Realmente se hubieran atrevido ellos a creer que aquel fuego era agua?

3

Esta historia simple se pierde en los remotos matorrales y en alguna memoria del sinuoso río y sus lagunas. Fabián y su mujer no podían calibrar el don que su hijo poseyera, precisamente porque su espontaneidad o el temor no les habría permitido reconocerlo. Mi hermano me aseguró que la cosa provenía del contacto entre el vientre amoroso, el misterioso círculo de agua y la ígnea laguna. Sólo el silencioso azar permitió descubrir, con los años, que aquel niño era la creatura más dotada. Poseía algo casi irreconocible: ese punto del pensamiento que puede ser llamado incomparable. El fulgor que reúne toda la alegría, pero que también, dolorosamente, lo comprende todo.

*Caracas, 13-14 de oct. 1998.*

# ELLA

José BALZA

*A Orlando Lozada*

La única posibilidad sería verificar por qué hubo el sesgo, el filo de un detalle que me impidió ser alcanzado. Juancho podría tener una respuesta. Esa fue mi noche y en ella hubiera podido cumplir aquel antiguo impulso de la voluntad: conocer serenamente Su proximidad, vivir con lucidez Su llegada extrema. Sin darme cuenta todo estuvo preparado, ¿realmente qué falló? Hace un momento las dos llamadas telefónicas confirmaron que yo había sido el elegido. ¿Por qué Ella se equivocó?

Nada hay en mi vida que provoque continuarla. Puedo desaparecer cuando sea, y apenas será notado en el viejo (aunque siempre recién pintado) edificio donde trabajo. Voy a tener cincuenta años. Mi vida es tan quieta como los cuerpos de las cosas que guardo en un rincón de este cuarto. Lo que sigue estremeciéndome es cualquier probabilidad de enamorar. Macizo, discreto, parezco más joven. De antemano sé que las mujeres de los bares o de los encuentros casuales, me aceptarán para una noche, para un fin de semana. Y respondo a ellas, complacido. Sin embargo me perturba, siempre, esa nueva angustia por amar, por vivir días descentrados: cosa que se produce con más frecuencia de lo deseado, cada vez que alguna de ellas dice frases no convencionales acerca de la cosa menos importante. Entonces comienzo a pensar casi con desesperación que viviremos juntos, mucho tiempo, y sobre todo que nos unirán conversaciones y análisis de nosotros, de nuestro destino. A pesar de esto —y sabiendo que los síntomas del amor se borran con inexorable rapidez: porque ninguna compañera acepta mi manera de querer hacerla diferente, elevada—, a mi edad sigo vigilando con cuidado ese impulso de enamorarme y ser feliz.

Leo mucho, cosa que nadie en mi oficina podría sospechar. Cumpló fielmente los horarios y las tareas, y luego me despersonalizo en pequeños restaurantes, en cafés, en el cine. Comparto este recóndito apartamento con un sobrino —mutable, nunca fijo— y con mi tía ya anciana. Cada tres semanas me encuentro con Juancho, frente al periódico donde trabaja como corrector de pruebas. Lo veo siempre en la madrugada, y me divierto con sus noticias, tan nuevas que justamente cuando él me las dice están siendo impresas en el diario que los demás verán al amanecer. Tomamos algún ron; aprovecho su fertilidad: en risas, en familia, en gestos. Es curioso: sólo a partir de los cuarenta años comencé a apreciar realmente su franqueza, su sólida posesión de las horas. En estos momentos puedo considerarlo como mi mejor amigo. Juancho también sabe mucho de libros.

Quizá debí dar otro valor a las señales de anoche. Pero casualmente mi reciente entusiasmo por Herminia contribuyó a confundir las cosas. Herminia: muy joven para mí. Y aunque en la cama puede darme una felicidad nunca sentida, incumple demasiado nuestras citas, con lo que en verdad me desespera. Anoche fue la tercera ocasión que ocurrió así, en los últimos seis meses. Estuve frente al hotel, al cual hemos ido tantas veces. No llegó. Furioso en principio, porque era sábado y yo hubiese podido arreglar otra salida, volví a casa. Tía permanecía despierta. Herminia no llamaba. Pensé que lo haría después, a mitad de semana. Pero hasta esa idea siguió enfureciéndome. Entré al cuarto, me serví un whisky. A cada instante la furia crecía. Libros, periódicos, polvo. Lentamente comprendí que ese sentimiento no era odio ni furor ni deseo de venganza: estaba a punto de llorar por mí mismo, por mí, que nunca he logrado una vinculación duradera con personas amadas. Con desprecio, me di lástima. Cincuenta años: qué desperdicio. Añoré mi infancia en los páramos, los abuelos casi nevados como las montañas. Cada cinco años vuelvo a la aldea sumergida en niebla. Pero ya no queda casi nadie allí, excepto mi tío y sus innumerables hijos. Observo este cuarto: limpio y polvoriento a la vez. Maldita Herminia, pobre Herminia. Abro las pesadas gavetas del closet y veo negruzcos documentos con mi foto y mi nombre: Alicia Fernández. Viejas cédulas de identidad: un rostro que cambia cada tantos años. Debo reconocer que la furia y la tristeza son ahora este desconsuelo: extraño dolor sin sentido, ciego, seguridad de no querer un minuto más. Entre toallas y ropa veo mi oscura pistola. Qué extraña historia en ese «mí». Una pistola que fue dejada tiempo atrás por un compañero de trabajo, estudiante universitario, para que se la guardara. Su confianza conmigo me obligó a esconderla. Inesperadamente desapareció y, alguna vez, hablando con Juancho sobre él, supe que había sido asesinado por la policía, que era miembro de un cuerpo político clandestino. Durante meses escondí la pistola. Aprendí a desarmarla, a aceitarla. Muchas veces conté las balas, como ahora. Aquí están, su sonido metálico me gusta hoy. Esa pistola, por cierto, fue el engranaje para conversar con Juancho sobre un tema que siempre me había interesado: la elección personal de la muerte. Juancho se rió, pero al notar mi seriedad cambió de tono: desde entonces muchas veces hemos tratado el asunto. Así, él conoce mi especial manera de relacionarme con Ella. Mi teoría reside en que no aceptaré que Ella me tome por sorpresa. Prefiero provocarla. Acerco el whisky a la cama, dejo encendida sólo una pequeña lámpara y muevo el tambor. Ya no las cuento: introduzco una a una las balas. Una pesadez de borracho (pero no he bebido tanto) toca mis ojos. La pistola magnetiza, busca mi mano, se entrega a ella. ¿Es Herminia? ¿Es esa mujer quien produce este aturdimiento? Abro la camisa, el arma enfría mi pecho. Nunca había sentido cómo este objeto puede ser un centro decisivo. Sería difícil comprender que la furia o el dolor se han convertido en nada, y yo soy únicamente algo borrado, un destello perdido, sin imaginación, sin fuerza. Trago un poco de whisky, nada aparta esta angustia, esta dificultad para respirar y ver. ¿Tengo fiebre? Afuera el viento mueve restos de basura. Minutos con la pistola absorbiendo mi temperatura. La llevo ahora a la cabeza. Qué impulso por disparar, por cerrar.

No me muevo, pero caigo sobre la cama y la pistola al piso. Un miedo poderoso viene desde la luz. Apago la lámpara. Estoy vivo, Herminia, Herminia, qué tontería. ¿Qué me pasaba? Ahora voy a dormir, suavemente, con voluntad.

Pero no me dormí. Tuve la impresión de ser otro. Ni siquiera pensaba en lo que estaba sucediendo. Vi la hora: una y media. Fui a la cocina, bebí algo dulce. De nuevo en la cama, comencé a sudar. Y nada de sueño. Entonces ocurrió la otra señal. No sé qué hubiera hecho en aquel momento, si hubiese sabido más. Habría inventado una invocación para que comprendiera que yo aceptaba el reto: que mi voluntad intervenía en Su acercamiento. Anoche fue mi turno, yo era el buscado. Pero un error arrastró a los otros. Jamás pude concebir que también en ese ámbito existiera la equivocación: ahora estaré doblemente alerta. No me dormía, aquella remota casa del páramo donde nací, donde hoy vive mi tío el músico, comenzó a perfilarse: la veía, con los ojos cerrados o abiertos, en la oscuridad. Contemplarla me tranquilizó: se aflojaron los músculos y el sabor de whisky se unía a la imagen para hacerla agradable. Primera casa de ese pueblo: paredes muy fuertes, que yo imaginaba de oro en la niñez. Casa de luz, entre nieblas: punto de la montaña, limpio y seguro. Alrededor la maleza, la oscuridad de un bosque interminable, con hojas de gamuza. La casa de mi tío, donde suena su violín: música que no olvidaré. Levanto la cabeza y veo la sombra de la pistola en el suelo. ¿Un poco de whisky? Vuelvo a esforzarme por dormir. Ahora es Herminia lo que parece un sueño, desde este cansancio. Pero qué diferente: la casa no viene entre neblinas, y aunque está oscura y solitaria, puedo verla con precisión. En algún lugar de ella debe reposar mi tío. Desconozco los afectos: puedo vivir con alguien sin saber de sus dilemas o alegrías. Pero el tío usaba su violín como una cuerda mágica: me envolvía. Aquí, despierto, me invade un chispazo amable: hacia él, hacia su música: hacia su persistencia en el páramo. Es el único de nosotros que desoyó la ciudad, y se quedó allá para siempre. ¿Para siempre? Veo su casa sombría: y algo la hace irreconocible: han colocado un cerco de grandes hojas a su alrededor. Entre la casa y ese cercado de raras hojas grandes, el patio, mi patio de pedruscos, limpio. Debo haberme dormido: salto, como en un zig-zag mental. Hay algo encerrado en el patio: algo que se bate violentamente desde las paredes de la casa hasta el cercado vegetal. Un animal que no logro ver, ataca las paredes y se lanza contra el cerco. Un animal invisible, de viento. Su furia desgarró la tierra, hay polvo. Pero nada veo. ¿Duermo, despierto? Algo duele en los músculos, en mi corazón. ¿Es que la gente de allá no puede escuchar? ¿Por qué han cerrado el patio con tales hojas? ¿Quién corre desesperadamente frente a la casa, y me llama?

Tía toca la puerta del cuarto. Gruño, le contesto. De algún modo me dormí, y ya es tarde. Mañana gris del domingo. «Es muy urgente. Te llama Juancho» repite tía. En una ráfaga se borran la niebla, el animal de viento, las balas, toda la noche anterior. Y soñoliento, tengo en el teléfono la voz de Juancho:

—¿De verdad eres tú, Alicia?

—¿Cómo dices? Por supuesto, Juancho, ¿qué pasa?

—Cómo me tranquiliza escucharte, disculpa que obligué a tu tía a despertarte, pero no estaba seguro de que tú estuvieras realmente en tu cuarto.

—¿Estás loco? ¿Te ha ocurrido algo grave?

—A mí no, Alicia. Es que aún estoy en el periódico, y acaban de traer la noticia de un hombre que se mató en la madrugada, con su propia arma, en una calle de Los Rosales, ahí, cerca de la antigua casa de los ciegos...

—¿Pero Juancho! ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Bueno... ahora felizmente nada. Pero se me metió una idea rara en la cabeza. De cosas que hemos hablado. Me acordé de tu pistola, aquella... Y el hombre que murió anoche se llama Alicia Fernández.

Desperté por completo. Le pedí a Juancho que me esperara en el cafetín, frente al periódico. Algo que yo he visto me ha hecho pensar en el peligro de que dos cosas distintas tengan el mismo nombre: recordé esta frase en un relámpago. No sé dónde la leí. ¿Acaso no era mi nombre lo que estaba uniendo hechos diferentes? Nada dije ante el rostro asombrado y cóncavo de mi tía. Intenté acercarme al baño, pero el teléfono sonó de nuevo. Corrí: debía ser Herminia. ¡Ya vería! Una voz remota, con marcado acento local, dijo rápidamente que era una llamada de larga distancia. Nombró la ciudad más próxima a nuestro pueblo, e informó que desde la aldea se nos avisaba la muerte repentina de mi tío. Un ataque violento al corazón. Tía se acercaba de nuevo al escuchar mis palabras alteradas y sonoras. Entendió todo sin que yo le explicara. Vi su rostro convertirse en surcos. Mi tío, su violín. La muerte, también en la madrugada. Su casa azotada por aquel viento. Colgué y abracé a esta mujer desconcertada. Yo quería café hirviente o hielo. El trasnocho, un cansancio, mi cuerpo exprimido. ¿Qué cosa la hizo eludirme? ¿Por qué me señaló dos veces y luego tomó a los otros? Pero no se burlará, yo sabré cómo someterla a mi voluntad. Con Juancho, dentro de un momento, lo discutiré.

(1978)

## MAHOME II

José BALZA

*A Vince De Benedittis*

Agregó al cabo de una pausa:

—El Secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos.

Afuera sonaba la autopista recién inaugurada; un tráfico tumultuoso quería probar esa nueva vía de la ciudad. El antropólogo habló y nosotros mirábamos su oscuro morral y un gran hueso colocado en el piso. El apartamento, alegre y alto, nos quitaba ubicación. Nada del hombre podía indicar que era extranjero: tostado; magro, decisivo en la colocación de sus palabras. Habló de su llegada a la selva, dos años antes; contó el aprendizaje del nuevo idioma; parecía más sobrio que cualquier otro científico.

—No soy creyente, pero volveré a la selva. Hace tiempo, cuando fui, tal vez exageré un poco con los aprendizajes: decidí estudiar desde el primer momento: vi sus ceremonias fúnebres, la ingestión de cenizas humanas con plátanos, una última prueba amorosa de ellos hacia el muerto. Hablé pronto el lenguaje y me adapté a su vida nómada. En ese morral hay utensilios suyos, cosas íntimas. Pero también desde el primer momento conocí al joven guerrero, mi amigo inmediato; no puedo decirles su nombre porque violaría alguna ley. Cazamos juntos, escuché las tradiciones de su tribu, narradas por él.

Un día quiso iniciarme: me invitó a buscar aquel animal que sería mi espíritu, mi verdadero yo, mahome; nada arriesgaba: acepté. Durante las primeras semanas aquello pareció un juego; después supe que las pinturas de su cuerpo encerraban una promesa: él pasaría a ser sacerdote con los años. A los doce meses de estar escrutando plantas, cantos en la noche, posiciones del sol, dijo que lo sabía, que había descubierto el secreto. Tendríamos que ir a una zona distante del poblado; imaginé el nido o la cueva donde reposaría el animal que me repetía. Salimos a medianoche. Sólo tomé la pistola, aunque él insistió en que sería innecesaria. Al amanecer alcanzamos un claro del monte; él señaló el sol y un zumbido de alas. Con la luz el águila estuvo sobre nosotros. Su mirada indicó que el ave se fundiría conmigo, a esa hora y en ese lugar. Los árboles descendieron un poco: un plumaje de dos metros, brillante y denso caía sobre ellos. Temí un momento, hubiese sido razonable escapar de aquel gigantesco animal; pero mi amigo no nos miraba: el milagro sería ineludible. Esperé el abrazo del ave, lo que fuera; cerré los ojos durante segundos. Y en seguida vi como el gran pájaro me ignoraba; fluyó entre hojas y ramajes y vorazmente iba contra el indio. Algo me invadió, tenía que salvarlo. Disparé. El ave se balanceó, caería; en el plumaje del pecho una mancha roja y negra lo debilitaba. Pero con un aletazo se elevó en la

mañana agobiante y escuché entonces la voz de mi amigo que se derrumbaba, herido de bala, cerca de mí: “Se muere un waika, susurró, el águila era yo”.

(1968)